

CONVERSACIONES SOBRE NUESTRO TIEMPO

ENCUENTRO 3



Manuel Valls

¿Hacia dónde camina la izquierda?

El análisis de Manuel Valls, ex Primer Ministro francés, en torno a la crisis de la izquierda está sustentado por una larga carrera política vinculada a la socialdemocracia europea. Su diagnóstico es claro: estamos ante a una debacle del liberalismo y la evidencia más visible es el auge de los discursos extremistas. Desde su perspectiva se debe repensar las formas de hacer política en el futuro, en pos de velar por acciones colectivas y miradas que puedan ir allende al cortoplacismo, dado que solamente así se logrará, de manera certera, luchar contra los desafíos que el mundo contemporáneo exige.

Conversaciones sobre Nuestro Tiempo es una iniciativa de la Universidad Adolfo Ibáñez, iniciada en junio de 2021, que busca reflexionar sobre el presente. Los encuentros realizados quedan registrados en la página de Youtube de la universidad, así como transcritos en esta publicación en línea. Las opiniones expresadas por los invitados a debatir no necesariamente representan a la universidad.

Manuel Valls es político e historiador hispano francés. Ejerció como Primer Ministro de Francia entre los años 2014 y 2016. Fue 37 años militante del Partido Socialista (PS) de Francia, ministro de Interior, diputado en la Asamblea Nacional, consejero regional de la Isla de Francia y alcalde de Évry. Actualmente trabaja como concejal del ayuntamiento de Barcelona, España. Haber ejercido importantes cargos públicos en ambos países le permite tener una mirada amplia sobre la realidad política europea.

Valls ha sido un actor de primera línea en lo que significa la socialdemocracia europea. Cuando ejerció de primer ministro fue duramente criticado por el ala más radical de su partido dado que sus ideas fueron consideradas demasiado liberales en temas económicos. Esta visión le generó un quiebre profundo, al punto de dejar el Partido Socialista el año 2017. Dada su trayectoria, resulta un actor cuya mirada puede englobar de manera ejemplar hacia dónde se dirigen las izquierdas en el mundo y cuáles son las repercusiones que tiene la crisis de la socialdemocracia.

El día 18 de agosto, a través de la plataforma Zoom, Valls dialogó con Carolina Tohá, ex diputada, alcaldesa de Santiago, ministra, profesora universitaria y columnista, y Francisco Covarrubias, decano de la Facultad de Artes Liberales de la Universidad Adolfo Ibáñez. A continuación, se reproduce la conversación íntegra.

Manuel Valls: Gracias por esta invitación. Para mí es un placer participar de estas conversaciones. Creo que en el ámbito universitario es muy importante entender lo que está pasando en el mundo.

Yo soy fruto, no sé si causa o consecuencia, de la crisis de la izquierda francesa. Jacques Julliard, un gran intelectual francés de izquierda decía en la primavera del 2017 que el pueblo y la izquierda (sobre todo el partido socialista) habían decidido que ya no tenían nada que decirse. Eso se debe a razones propias del contexto de



Carolina Tohá



Francisco Covarrubias

los últimos años, pero creo que la crisis no es solo coyuntural de la situación política de cada país. Esto no solo se debe a errores o divisiones, las cuales sin duda han sido muy potentes en Francia: hablo de una forma de derrota ideológica y cultural que ha perjudicado a todas las izquierdas europeas, y esto puede aplicarse también para Sudamérica. Desde la caída del muro de Berlín en 1989 toda la socialdemocracia está buscando su camino, y ya no logra dar una explicación global del mundo, y resulta incapaz de reconstruir o proponer un proyecto global y coherente.

Durante décadas la socialdemocracia fue un punto de equilibrio entre el liberalismo económico y político, y el comunismo. Al final de los ochenta, después de su victoria cultural frente al comunismo —con la caída del bloque soviético—, esta posición privilegiada de punto de equilibrio pierde de cierta forma. El compromiso elaborado después de la Segunda Guerra Mundial entre la democracia liberal representativa y la economía de mercado —la economía abierta y el estado social—, se ha estancado. Lo podemos decir de otra forma: es un consenso, ya no sirve para identificar en particular a la socialdemocracia y la izquierda. Por supuesto hay diferencias según los países en los diversos continentes. Pero hoy, por ejemplo, en Europa, la inversión de dinero pública para ayudar a las empresas durante la crisis sanitaria la hacen todos los gobiernos, sean de derecha o izquierda. El papel del Estado social, de las políticas de sanidad para proteger a la gente, ya no es una cosa solo de izquierda: en esta crisis lo comparten todos los gobiernos.

Me parece que hay otro elemento muy importante en la izquierda europea y estadounidense: el hecho de que no fue capaz de reformar el Estado social cuando gobernó con Jospin en Francia, con Tony Blair en Gran Bretaña, con Schröder en Alemania¹. Estos gobiernos fueron incapaces de adaptarse a las realidades de la época para luchar contra las desigualdades y el hundimiento de las clases medias, sobre todo aquellas que

¹ Lionel Robert Jospin (1937) socialista y primer ministro de Francia entre 1997 y 2002; Tony Blair (1953), laborista y primer ministro del Reino Unido entre 1997 y 2007; Gerhard Schröder (1944), socialdemócrata alemán y canciller de Alemania entre 1998 y 2005.

fueron golpeadas por las crisis financieras del 2008. Y como ha sido muy difícil enfrentar las consecuencias de la globalización de la economía de los años ochenta y noventa, y al mismo tiempo de la individualización de la sociedad, la izquierda se ha encerrado en una concepción bastante pesimista y “paseísta”, retrógrada, reaccionaria del mundo.

Si la socialdemocracia no sabe responder al primer reto de la caída del muro de Berlín y del comunismo soviético, tampoco es capaz de encontrar un camino con la globalización económica. Ha cambiado las referencias y las fórmulas de la socialdemocracia a nivel global el hecho de que siempre explotó el ámbito nacional, donde se construía el compromiso social entre el trabajo y el capital, de la clase obrera tradicional con sus partidos y sus sindicatos, sumado al surgimiento de otras reivindicaciones sociales. Yo lo he dicho y he provocado el debate: el socialismo pensado al final del siglo XIX, que continúa con sus dos modelos —el modelo comunista, que cae porque destruye la democracia y el compromiso social democrata— es una fórmula que finalmente ha muerto. Los partidos socialistas se llaman de esa manera, pero ¿qué quiere decir esa palabra? Aquí, frente a estos cambios, ha sido complicadísimo encontrar nuevas formas.

Y el tercer cambio potente en el mundo, sobre todo en Europa, es el surgimiento del fenómeno identitario. El siglo XXI abre con el ataque de las torres gemelas en

Nueva York el 11 de septiembre del 2001. Estamos hablando hoy, 20 años después, de la misma crisis en Afganistán. En Europa y en América del Norte se da este fenómeno identitario, con el surgimiento del islamismo, del terrorismo, del yihadismo, pero también con reivindicaciones diferentes, donde la gente va a buscar su identidad, su género, su orientación sexual. Se trata de temas por supuesto muy diferentes. La izquierda no tiene en aquellos años una respuesta y eso explica el auge de los populismos de derecha, que van a buscar un enemigo, como sucede siempre con las propuestas radicales. El adversario pueden ser los emigrantes o las elites. Este panorama también abre un camino frente a la crisis de la izquierda tradicional, socialdemócrata. Surge también mediante formas diferentes de la izquierda: con Jean-Luc Mélenchon en Francia², con el movimiento 5 Stelle³, con Podemos en España⁴, y lo que ahora está pasando en Sudamérica, que tiene rasgos diferentes, pero se parece mucho a lo que ha pasado en Europa.

A esto hay que sumarle una sociedad cada vez más horizontal, donde las redes sociales juegan un papel fundamental y la prensa tradicional va detrás de esta. Los partidos tradicionales verticales —es el caso de los grandes partidos social demócratas y los sindicatos— ya no están capacitados para responder estas nuevas demandas. Se acentúa la crisis de la política, de la democracia, de las instituciones, y cuando hay una crisis de este nivel, la izquierda, con su visión

“DESDE LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN EN 1989 TODA LA SOCIALDEMOCRACIA ESTÁ BUSCANDO SU CAMINO, Y YA NO ES CAPAZ DE DAR UNA EXPLICACIÓN GLOBAL DEL MUNDO, Y RESULTA INCAPAZ DE RECONSTRUIR O PROPONER UN PROYECTO GLOBAL Y COHERENTE”.



² Jean-Luc Mélenchon creó la plataforma política Francia Insumisa el año 2016, con vistas a promover su candidatura a las presidenciales francesas del 2017. La plataforma tenía como objetivo convocar, después de las elecciones, una asamblea constituyente encargada de redactar la constitución de una Sexta República para Francia.

³ El Movimiento 5 Estrellas es un partido político italiano, fundado en el año 2009 por el actor Beppe Grillo y Gianroberto Casaleggio. Se da a conocer como un movimiento ecologista y populista, que aboga por la democracia directa, el libre acceso a Internet y la política financiada por pequeñas donaciones privadas y no a través de fondos públicos, entre otros.

⁴ Podemos es un partido político español que se sitúa entre la izquierda y la extrema izquierda. Irrumpió de manera oficial en la escena política en marzo de 2014, encabezado por un número considerable de ciudadanos que habían venido organizándose en grupos de apoyo y convocando a manifestaciones públicas. Desde 2020 es uno de los partidos que forman parte del gobierno de España tras alcanzar un acuerdo con el PSOE.

tradicional no tiene la respuesta. Esa respuesta la tienen los movimientos, que se mueven como un pez en el agua, con mucha más habilidad que los partidos tradicionales. Pero creo que no solo vivimos una crisis de la izquierda o de la política, sino que más bien se trata de una potente crisis de la democracia.

“Yo soy de izquierda y siempre seré, a pesar de ella y de mí”. Esa frase, muy bonita, es del gran escritor francés Albert Camus. Me parece certera para definirme porque creo en la lucha contra las desigualdades y soy optimista sobre el ser humano, y creo en el progreso educativo y científico. Pero me parece que la izquierda democrática, respetuosa de los ciudadanos, del estado de derecho, de la democracia representativa, tiene que hacer una reflexión muy profunda sobre esta crisis, en una sociedad donde la polarización abre espacios a la búsqueda de enemigos, a los extremismos sean de derecha o izquierda.

Es terrible ver lo que está pasando en Europa con el auge de las teorías conspirativas o el antisemitismo para explicar la crisis sanitaria, vengan de la extrema izquierda o derecha. Frente a la crisis de la democracia, me parece que hay un espacio para la izquierda, pero



Vladimir Putin.

tiene que hacerlo con reflexión profunda y propuestas nuevas. De otro modo no solo corremos el peligro de que el ala tradicional desaparezca, sino de que nuestras democracias se vean seriamente golpeadas. Hay siempre nuevos sistemas, por eso es muy interesante constatar que los regímenes iliberales como los de Bolsonaro, Orbán⁵ o Putin tienen una respuesta más coherente y fácil para mucha gente y son capaces de seducir cuando las democracias están pasando por esta crisis política.

Francisco Covarrubias: Manuel, me gustaría brevemente preguntarte respecto a la reflexión en torno al pasado de la izquierda. Tú fuiste parte de una izquierda socialdemócrata exitosa, pienso en Felipe González en España, por ejemplo. En distintos países llegamos a un momento en que creímos haber vivido el fin de la historia: prácticamente daba lo mismo si gobernaba Tony Blair o Aznar, Ricardo Lagos o quién sé yo. Era un momento donde discutíamos matices y creímos haber consolidado la democracia liberal y, sin embargo, eso se acabó. Ahora la pregunta es –y esto se lo pregunto porque en el caso chileno se está viviendo muy fuerte ese proceso, pero es un fenómeno también mundial– ¿por qué la izquierda se siente un poco avergonzada de lo que fue? o ¿por qué una parte importante de la izquierda siente que el “experimento” socialdemócrata de alguna manera traicionó sus banderas centrales?

Valls: Siempre ha habido dos izquierdas. A lo mejor más, depende del país. No hablo solo de los partidos, con una izquierda comunista o neocomunista que siempre ha querido acusar de traición a la socialdemocracia. Porque, ¿qué es la socialdemocracia? Es gobernar, es aceptar la alternancia y cambiar la sociedad, pero a partir de las herramientas que les da un gobierno legítimo, pasando por los compromisos necesarios. No fueron siempre fáciles los compromisos de la transición española o chilena. Fue complicado pero ineludible para no repetir los errores del pasado. Creo que este tema de la traición está siempre presente. Yo he sido un socialdemócrata que ha defendido el éxito de este compromiso,

⁵ Viktor Orbán (1963) es actual primer ministro de Hungría. También fue primer ministro en el periodo 1998-2002 y es el actual líder del partido Fidesz-Unión Cívica Húngara, que a través de una alianza con el Partido Popular Demócrata Cristiano ganó las elecciones de 2010. Símbolo del populismo europeo, sus ideas políticas se vinculan al conservadurismo y el nacionalismo, por lo que su gobierno se describe como un estado iliberal o, como él mismo lo llama, una “democracia no liberal”.

sin creer en el fin de la historia, porque me parece que, de cierta manera, la historia es trágica. Y se equivocaron los que pensaron que después del derrumbamiento del imperio soviético la democracia liberal había ganado de forma definitiva, pues siempre hay otros movimientos. La izquierda ya pensó en esa historia. El mundo intelectual, académico, universitario es muy importante, se tiene que reivindicar en formas diferentes frente al auge del populismo de izquierda o neocomunista. Aquí hay un espacio muy importante.

Los problemas van a ser las alianzas. Yo creo que en una sociedad siempre hay una izquierda y una derecha, un movimiento progresista y uno conservador. Eso lo vivimos casi cada uno de los países, pero ¿qué alianzas son posibles? Antes había alianzas entre socialistas y comunistas, o verdes y ecologistas en Europa, pero ¿será posible eso, mañana? ¿Es posible gobernar con Podemos, por ejemplo? PSOE lo está demostrando. ¿Es posible que los socialistas y Mélenchon gobiernen en Francia? Yo creo que es absolutamente imposible, porque su enemistad es de fondo, casi de filosofía política y humana.

Covarrubias: ¿Te parece incompatible la socialdemocracia con el comunismo o el neo-comunismo?

Valls: Para mí sí. Pero depende de los países. Creo que en el 2016 hice unas declaraciones diciendo que había dos izquierdas irreconciliables. No solo en una mirada económica sino también en temas de democracia. Por ejemplo, está la diferencia de sobre qué hacemos con el islamismo, un tema muy importante en Europa. Hay una parte de la izquierda francesa europea que, viendo el fin del proletariado, lo ha aterrizado diciendo que la inmigración o el mundo musulmán era el nuevo proletariado, y que se tienen que hacer alianzas políticas con el islamismo. Eso ha hecho mucho daño en el partido laborista británico, por ejemplo, con posicionamientos sobre el conflicto palestino-israelí que han llevado parte del Labour a perspectivas no solamente anti-israelitas sino que antisemitas.

Parte de la izquierda ha sido aquella de las minorías. Ese era el gran debate en el Partido Demócrata americano, por ejemplo. La izquierda hoy solo sería el partido de las minorías sexuales o étnicas, cuando yo creo que la socialdemocracia tiene que hablarles a todos. Es un debate que existe hoy en toda América Latina. Si solo somos la representación de las minorías y no una izquierda con valores universales, vamos a tener un enfrentamiento. Aunque Biden haya ganado su elección frente a Trump, va a ser muy difícil ser el partido de toda la sociedad, que era el proyecto de la socialdemocracia en general.

Carolina Tohá: Qué interesante escuchar a Manuel y sus reflexiones a partir de nuestra realidad, porque hay muchos puntos de encuentro y particularidades

también. Yo diría que, a partir de los noventa, después de la caída del muro de Berlín, a la izquierda socialdemócrata le cambia la geografía, entonces le resulta difícil cumplir su rol. En ese contexto era posible ser una izquierda gobernante con una porción importante de pragmatismo, o sea hacerse cargo de la realidad, pero tener en el horizonte un sueño de sociedad. No era el socialismo soviético sino uno democrático, que hacía sentido en esa dirección, que se proponía gobernar la economía en pos de las mayorías, para combatir las desigualdades e incluir a los que iban quedando afuera.

Lo que ha pasado desde entonces hasta ahora es que la posibilidad de juntar esas dos posiciones se ha vuelto cada vez más lejana, porque en la sociedad de hoy las herramientas para gobernar la economía parecen cada vez más impotentes. Pareciera que la economía tiene su propio gobierno y está muy fuera de la política. Todos sabemos que la utopía socialista ha explotado en mil pedazos. Tiene muy poco de dónde sostenerse. Pero hay un rol que juega este tipo de izquierda. Por eso tiene que reencontrar su espacio y no es fácil, porque en el fondo se alimenta de representar una crítica social; de incorporar grupos que no toleran, que no les parecen aceptables ciertas desigualdades. La izquierda está vinculada siempre a un afán transformador, progresista,

“EL SOCIALISMO PENSADO AL FINAL DEL SIGLO XIX, QUE CONTINÚA CON SUS DOS MODELOS —EL MODELO COMUNISTA, QUE CAE PORQUE DESTRUYE LA DEMOCRACIA, SOCIALDEMÓCRATA— ES UN SOCIALISMO DE FÓRMULA QUE FINALMENTE HA MUERTO”.

porque queremos enfrentar situaciones que no están bien. Entonces, representar ese malestar, pero al mismo tiempo hacerse cargo de la realidad aquí y ahora, del pragmatismo de gobernar, de asumir las restricciones de esa realidad, es algo cada vez más difícil de conciliar, porque ya no está en el horizonte ese proyecto integrador a donde se suponía que podíamos llegar en algún minuto. Avanzábamos gradualmente para ir resolviendo estos distintos desequilibrios, injusticias, abusos que nuestra sociedad tiene. Yo creo que esto tiene muchos vericuetos. Finalmente, lo importante es que sin ese horizonte de proyecto de sociedad es muy difícil representar el malestar. Si tú lo estás incorporando, diciendo que no va a ser muy distinto a pesar de los cambios o ajustes, no se corresponde a la magnitud de la promesa de una izquierda socialista que se hace cargo de la injusticia, de las inequidades.

Me parece que aquí hay una falta de proyecto de regeneración para la sociedad de hoy. Para eso hay que atreverse a hacer algo distinto. Esa es una de las razones por la cual en Chile ha terminado donde está: hay que atreverse a hacer esta política que apunta a construir con una perspectiva un poco más larga, sin pensar en las próximas elecciones o en la encuesta de la semana que viene. Yo creo que esa política que le propone a la sociedad, que discute con ella y que va moviendo las barreras, es una que se concilia muy mal con el cortoplacismo, con lo electoral, con las redes sociales, y eso está en las raíces culturales de la izquierda.

La izquierda fue en su historia un sector que se iba a instalar a las fábricas, con los trabajadores, a construir un proyecto que no estaba en el ideario de nadie, que no era una demanda, que no estaba en las encuestas. Hubo que transformarlo en un proyecto colectivo. ¿Quién hoy día en el mundo hace esa política? ¿Quién se da el tiempo para decir: vamos a generar las condiciones para volver a tener una mirada cohesionada de

nuestra sociedad? ¿Por qué hemos terminado en esta política identitaria? Porque a falta de un proyecto integrador, vamos a representar los malestares de distintos grupos que no tienen proyecto, sino que una demanda, una reivindicación propia.

“ME PARECE QUE LA IZQUIERDA DEMOCRÁTICA, RESPETUOSA DE LOS CIUDADANOS, DEL ESTADO DE DERECHO, DE LA DEMOCRACIA REPRESENTATIVA, TIENE QUE HACER UNA REFLEXIÓN MUY PROFUNDA SOBRE ESTA CRISIS, EN UNA SOCIEDAD DONDE LA POLARIZACIÓN ABRE ESPACIOS A LA BÚSQUEDA DE ENEMIGOS, A LOS EXTREMISMOS SEAN DE DERECHA O IZQUIERDA”.

Entonces, al buscar electorado, la izquierda va, le ofrece a uno tal solución y a otro le recoge su malestar. Pero el proyecto integrador no está en ninguna parte. Por lo tanto, se pierde la idea de la que se alimenta la izquierda: la de una sociedad que se hace cargo de sus problemas colectivos y no de cada uno de los suyos. Electoralmente se vuelve cada vez más difícil de construir este proyecto de sociedad y a la vez alimentarte solo de demandas fragmentadas, dispersas, cada una desconociendo la interdependencia de la otra.

Yo creo que en la izquierda chilena hay una especie de falta de honestidad intelectual y una necesidad de apearse rápidamente frente a un electorado que quiere cambios. Se quiere dar una respuesta rápida, sin pasar por lo que significa construir una respuesta coherente, con tu historia de haber gobernado y con la lectura de este momento, que requiere otra agenda y una forma distinta de hacer política. Si te quieres apearse rápido entonces sintonizas con el malestar del momento y te desentendes de tu historia: no tienes tiempo para armar ese relato, para convencer, para darte el tiempo de dialogar con la sociedad y construir una mirada en común.

Covarrubias: Quiero preguntarle a Manuel sobre su experiencia, a propósito de lo que plantea Carolina. Cuando estuviste a cargo de gobernar –y en ese sentido fue bastante polémico– tus reformas laborales daban cuenta de la importancia de dinamizar el mercado laboral, algo que parece no ser incompatible con la izquierda socialdemócrata. Sin embargo, en un momento determinado tuviste que enfrentarte con esa búsqueda de interpretar los malestares porque resulta

poco popular tratar de dinamizar el mercado laboral y facilitar los despidos cuando corresponda. Esa política pareciera ir en contra de la izquierda. Entonces, a propósito de la reflexión de Carolina, me gustaría que pudieras contarnos su experiencia personal de cómo compatibilizar esa mirada integral con la necesidad de gobernar responsablemente.

Valls: Primero decir que coincido con Carolina en su diagnóstico porque es verdad que estamos hoy en una crisis de la acción colectiva. El individuo está aún muy aislado en nuestras sociedades modernas. Vive los cambios de la sociedad a través de la información, de las redes sociales. La crisis además es de la palabra, no solamente política, sino que universitaria, de los medios de comunicación. Las personas van a buscar otra información en las redes. Cuando tienes las herramientas para entender el mundo esto funciona y hay parte de la sociedad que está abierta al mundo, pero hay otra, sobre todo en las clases medias, el famoso ciudadano blanco del middle west americano, que vive lo que está pasando en el mundo con miedo. Por eso funciona el discurso político del populismo que usa el miedo, sea de izquierda o de derecha, que busca al enemigo en la empresa, en el juicio, en el inmigrante, en las elites.

También creo que hay mucho espacio para el colectivo frente al cambio climático: solo una solución global es posible a nivel mundial, como lo firmamos en los acuerdos de París. Yo en ese entonces era primer ministro. Con la pandemia hemos visto que Europa, a pesar de las críticas al comienzo, ha tenido la respuesta más potente frente al Covid. Las crisis alimentarias en África, la proliferación nuclear, el terrorismo, todo esto necesita respuestas de Estado a nivel global, y creo que aquí hay un espacio muy importante para la política. ¿Y qué es ser de izquierda? Es luchar siempre en contra de las desigualdades y los determinismos sociales, económicos, culturales que encarcelan al hombre en su condición, y por eso tenemos que pensar en nuevas soluciones y escuchar a la sociedad.

Yo creo que siempre hay un camino. Creo que los gran-

des temas son el cambio climático y la educación –que creo que ha sido un tema importante para explicar también lo que está pasando en Chile–: sin la escuela, sin la universidad, el hombre no puede progresar. Por eso hay parte de las clases medias que se siente excluida.

Puede bajar la pobreza, pero si los padres sienten que sus hijos van a vivir peor que ellos, tienen la válida impresión de que el mundo ya no progresa. Hoy veo a muchos historiadores en las redes que explican que la sociedad era mejor antes. Hay una forma muy reaccionaria de responder que parece estar instaurada. Pero creo también que tenemos que admitir que ciertos cambios son necesarios. Se me hicieron críticas por mi reforma laboral a pesar de que fueron útiles para la economía

francesa. Se trataba de reformas sutiles y estaban pensadas para dar más posibilidades a la gente que trabajaba.

Pero qué pasó: del 2002 al 2012, durante los años de oposición, la izquierda no pensó más que en gobernar de nuevo sobre los errores y la crítica de la derecha. Y si tú ganas sin haber pensado en un nuevo proyecto, las contradicciones de la sociedad resultan más fuertes. Y la crisis de la izquierda francesa es resultado de ello. Es decir, no pudo aguantar 5 años de gobierno sin una debacle tremenda en su seno, porque había parte de ella que no había entendido que el mundo había cambiado en el tema del mercado del trabajo, de la educación o de las políticas europeas. Además, tuvimos la crisis tremenda del terrorismo, que necesitaba un cambio también en las políticas de seguridad, pero también de integración, pensando qué espacio le dábamos al islam en la sociedad francesa. Todo eso no había sido pensado por la izquierda. Además, se suma que a veces los sistemas electorales pueden ser muy brutales: el PESOE, el partido socialista portugués y la socialdemocracia alemana están alrededor del 20% solamente. En Europa del norte aguantan con el sistema electoral, pero en Francia el sistema de dos vueltas, el sistema mayoritario, ha acabado con la izquierda con una violencia increíble.

Nos obstante, yo creo que hay un espacio para lo co-

“CREO QUE HAY MUCHO ESPACIO PARA EL COLECTIVO FRENTE AL CAMBIO CLIMÁTICO: SOLO UNA SOLUCIÓN GLOBAL ES POSIBLE A NIVEL MUNDIAL, COMO LO FIRMAMOS EN LOS ACUERDOS DE PARÍS”.

lectivo. En Francia lo llamo un nuevo republicanismo. Creo que tiene que trascender los esquemas políticos tradicionales e ir a buscar consensos más grandes en la sociedad, que a veces puede ser contradictorio con la reforma. Pero creo que tenemos que ir a buscar esos grandes acuerdos con una idea: respetar el universalismo de los derechos humanos, la democracia liberal y representativa. Porque si vamos a favor de otras fórmulas que van en contra de la democracia representativa, pueden ser muy simpáticas, muy asamblearias, pero pueden socavar la democracia y despertar una respuesta autoritaria de derechas, que es lo que está pasando hoy en parte del mundo.

Covarrubias: En ese sentido me interesa mucho tu visión respecto a estos nuevos ejes que estás planteando, porque efectivamente esa fue la conclusión que hizo la izquierda después de la experiencia socialdemócrata: sentir que había sido demasiado cercana al mercado, al liberalismo. De cierta forma una parte importante de la izquierda se retrotrae hacia levantar las viejas banderas, fenómeno que también se ha dado en la derecha. Es decir, la derecha ha sentido que había conciliado demasiado con el Estado, con políticas socialdemócratas, lo cual en el fondo la hace retrotraerse también a levantar las viejas banderas autoritarias, conservadoras, etc. Por lo tanto, me gustaría que pudieras decirnos si te parece que el nuevo eje ya no es la izquierda o la derecha, sino más bien los defensores de la democracia respecto al populismo ¿Estamos en presencia de una forma distinta de imaginar los ejes políticos?

Valls: Lo decía antes, creo que siempre existe una izquierda y una derecha que alimentan el debate político, filosófico y personal. Con los años unos se vuelven más conservadores y otros más progresistas, depende de cada uno, pero creo que encima de eso hay efectivamente un debate más importante a nivel global, que es el formas liberales o autoritarias-asamblearias que finalmente niegan la democracia. Parte de la izquierda, al ver el fracaso del comunismo y no aceptando la victoria de la democracia representativa, imagina otras vías que encuentran un cierto éxito por las razones que hemos recordado hace un momento: porque hay gente que lo pasa mal, que no tiene futuro. La crisis sanitaria y la ecológica también tienen consecuencias en las desigualdades.

Creo efectivamente que el gran debate es la democracia frente a los que critican o rechazan. Aquí una parte de la izquierda se equivoca pues ganan siempre los que tienen un proyecto más duro o totalitario. No creo que haya espacio para esa izquierda. Es interesante ver que, por ejemplo, en la Europa comunitaria –hablo de la Unión Europea– hay tres países (Eslovenia, Hungría y, sobre todo, Polonia) que intentan borrar las libertades, separando al Estado con la justicia o con los medios. Por suerte la Unión Europea tiene valores y capacidad de intervenir. Pero si eso llegase a pasar en un país como Francia, ganando la extrema derecha con Le Pen el año que viene, ¿cuál podría ser la respuesta de la Unión Europea? Puede pasar también en Italia con un gobierno muy de derecha dentro de un año y medio. Además, tenemos el modelo ruso, que no es exportable, pero funciona también.

El problema de pensar en democracia frente a no democracia obliga a una unión muy importante de los partidos tradicionales de izquierda y derecha, que es lo que se ha hecho en Chile de cierta forma. Es lo que ha tratado de hacer Macron también con el “Ni derecha ni izquierda”. El problema es que ha creado un partido para substituir a todos los otros, pero en eso no ha sido un éxito. Y no ha dado la posibilidad de reconciliar a la gente con la política. El debate no puede ser solo entre Emmanuel Macron y Le Pen. La pregunta entonces sería: ¿cómo puedes gobernar buscando consensos amplios? Yo no tengo todas las soluciones, por supuesto.

Pero me parece que hay un camino buscando consensos con la idea de un nuevo republicanismo, sobre temas que son fundamentales: la lucha contra las desigualdades, el tema de la educación y el cambio climático, pues ahí sí que creo que existe la capacidad de reformar de manera novedosa lo que ha planteado la izquierda o los progresistas.

Tohá: Creo que esta discusión tiene siempre una faceta en que el remedio puede ser peor que la enfermedad, sin ver la enfermedad verdadera que hay. Porque el populismo es siempre una alternativa fácil, especialmente cuando hay malestar. Se trata de un atajo evidente para representarlo. En una época en que el consenso democrático era más fuerte que nunca, resulta llamativa la forma transversal en que la democracia ha adoptado

este tipo de recetario. Esto tiene que ver con que, por alguna razón, esas soluciones están haciendo sentido. Demasiada gente no se está sintiendo representada por los amplios consensos que se lograron desde los 90 en adelante pues éstos no se hacen cargo de sus problemas.

Yo diría que gran parte de nuestro consenso democrático, de gobernabilidad, la receta del progreso en la era de la globalización post cortina de hierro, se volvió bastante impermeable a la crítica y excluyente para muchos sectores. Y la manera de debatirla ha sido el populismo. Entonces, podemos hacer muchos acuerdos para frenar las recetas populistas o iliberales, pero de nada sirven mientras no resolvamos los problemas de malestar o la sensación de exclusión –aunque creo que no es solo una sensación, sino que se trata de problemas reales–. Me parece que en las sociedades europeas es aún más grave porque son sociedades que han tenido un retroceso en ciertos avances sociales, o han visto reaparecer problemas de desigualdad después de generaciones que los habían arrinconado. Se han vuelto a presentar como fantasmas. En la sociedad nuestra no es que hayamos tenido una profundización de la desigualdad, pero hemos sufrido una fragilidad de los avances por estar ligados a ciclos económicos que se terminan y finalmente nos reencontramos con las precariedades y esto genera frustración, porque su logro no era como el que pareció ser durante un tiempo. Eso en Latinoamérica.

En ambos casos lo que tenemos es una democracia representativa que deja a demasiados sin representar. Sobre todo –y yo creo que ahí es donde está el desafío de las izquierdas, y tiene que ver con lo que decía al principio Manuel– con referentes de izquierda que le ofrecen poco más de lo que ya está arriba de la mesa, que pueden ser sensatos para decir: vamos a hacernos cargo de estos problemas, va a ser largo, va a significar un esfuerzo, pero vamos a seguir avanzando. Hoy día las izquierdas tienen poca contundencia para decirlo, tie-

nen escasa seguridad. Su propuesta se queda corta respecto de muchas de las limitaciones y desafíos, desde el cambio climático hasta las desigualdades económicas. Y creo que mientras eso siga siendo así la sociedad va a buscar su camino, sea con populismos, con democracias iliberales o con proyectos más radicalizados. No se va a quedar en su casa esperando que el consenso algún día los recoja.

Covarrubias: Platón en La República planteada que había que desconfiar de aquel que tenía las soluciones rá-

pidas para todos los problemas, porque en el fondo terminaba siempre convertido en un tirano. Hoy nos vemos enfrentados a la oferta de soluciones rápidas, que supuestamente resuelven todos los problemas. En ese sentido, me gustaría preguntarte Manuel, ¿cuál es el rol que tú le ves a las redes sociales en este fenómeno? A propósito de lo que decía Carolina con respeto a la realidad y las decepciones. ¿Cómo las redes sociales incrementan las realidades que ya

existían pero que se empiezan a percibir de una forma mucho más profunda? ¿Tú le ves un rol relevante para el futuro de la democracia?

Valls: Sí, claro, porque vivimos en sociedades donde todo es rápido y eso es casi contradictorio o antinómico con la forma de gobernar por las razones que recordaba Carolina: reformar un país, reducir las desigualdades sociales, enfrentarse al cambio climático requiere de herramientas potentes en el tiempo. Además, a veces, salir del espacio nacional, que es aún más complicado porque la democracia hoy se ejerce solo en ese espacio. Tenemos un parlamento europeo, pero no tiene la legitimidad de un gobierno nacional. Eso explica la destrucción de los partidos, sobre todo los partidos de izquierda, formados casi como clandestinos frente al capitalismo, a los grandes empresarios; para formar al mundo obrero, para enseñarle a enfrentarse al capitalismo en las diferentes épocas que hemos vivido hasta el siglo XXI. Hoy vivimos, lo decía antes, una sociedad horizontal, donde el móvil y las redes sociales permiten

“HOY VIVIMOS EN UNA SOCIEDAD HORIZONTAL, DONDE EL MÓVIL Y LAS REDES SOCIALES PERMITEN A CADA INDIVIDUO SACAR SU REIVINDICACIÓN PERSONAL. LOS POPULISMOS DAN LA SENSACIÓN DE RESPONDER A TODAS LAS DEMANDAS SOCIALES E INDIVIDUALES, CUANDO LA IZQUIERDA TRADICIONAL HA PENSADO SIEMPRE UNA RESPUESTA COLECTIVA”.

a cada individuo sacar su reivindicación personal. Los populismos dan la sensación de responder a todas las demandas sociales e individuales, cuando la izquierda tradicional ha pensado siempre una respuesta colectiva.

En ese sentido tenemos que buscar, aunque sea muy difícil, nuevas formas de hacer política. ¿Pero cómo lo hacemos sin destruir la democracia? La respuesta está casi en la pregunta. Hay que tener cuidado, porque existe un modelo de tiempo largo, que no es el mío por supuesto. La fuerza de un país como China, por ejemplo, es pensar el futuro: tiene la capacidad de hacerlo a nivel de educación, del cambio de la industria, de las rutas de la seda, de su influencia en el mundo. Tiene todo el tiempo. Nosotros vivimos en democracias en que una elección como las parlamentarias, en Santiago de Chile o en París, lo cambian todo. Los políticos vivimos siempre agotados, porque estamos pensando en las próximas elecciones. En EE. UU. ya se está pensando en las elecciones de mid term o en las próximas presidenciales.

El modelo de tiempo largo no es posible, aunque parece ser necesario en una democracia. Entonces ¿cómo podemos pensar el tiempo largo para hacer reformas, convenciendo a la gente –lo decía Carolina– de que lo necesita, cuando tienen una espera inmediata? La gente que no puede comer, que ve el precio de la luz demasiado alto, que ya no puede poner gas en su coche, que no puede darle educación a sus hijos. Claro, a esas personas no le puedo decir: vamos a pensar el Gosplán⁶ dentro de diez años. No tendría ningún sentido. Creo que la nueva forma de hacer política debe ser capaz de conciliar el tiempo corto con el largo. Es muy complicado, pero creo que es la solución frente a la crisis de la democracia.

Tohá: Es lo que dice Daniel Innerarity⁷ en un libro que escribió recientemente, que en el fondo la dinámica electoral de nuestra democracia está dificultando que

llevemos a cabo los debates y las decisiones que nuestras sociedades están llamadas hoy a asumir. Hay una especie de desfase en cómo está construida la rutina de la democracia y dónde están los ámbitos de decisión y el tipo de maduración que requieren esas decisiones. De alguna manera el sistema político se boicotea a sí mismo, pues en su afán de competencia se va cortando los brazos. Entonces hay que inventar. Yo creo que estamos en una época en que hay que atreverse a crear. Hay que arriesgarse a innovar, sin sacrificar la democracia, pero también sin aferrarnos solo a las formas que conocemos, porque se crearon para un tipo de sociedad que ya no existe. Por eso también nuestro desfase es tan grande y nuestra dificultad.

Covarrubias: ¿Quién gana con ese boicot que se hace al sistema político? Son expresiones autoritarias finalmente, y lo estamos viendo en distintos países. Nos quedan poquísimos minutos y por lo tanto ya tenemos que ir cerrando. Me gustaría, Manuel, que nos des una pequeña reflexión respecto a lo que tú ves de las izquierdas latinoamericanas, que han reunido sus propias particularidades, y en ese sentido una mirada del otro lado del charco pueda ser interesante.

Valls: Me preocupa la situación, porque yo creo que además la crisis de la izquierda socialdemócrata en Chile corresponde a una crisis más potente, que está por todas partes en América Latina, como en Colombia o Perú, por ejemplo. Aquí creo que vale la pena mencionar un viejo debate: parte de la izquierda tiene que hacer un alejamiento clarísimo de todo lo que ha sido la izquierda populista, ya sea el chavismo o las formas del peronismo. Si no existe un distanciamiento y una ruptura clarísima no habrá una respuesta que sea seria, que cambie las formas de hacer política frente a los desafíos del mundo actual. La socialdemocracia chilena lo ha tenido siempre muy claro en este sentido, pero otros países no. El alejamiento del populismo es necesario, sino habrá respuestas autoritarias. Y las democracias latinoamericanas ya son frágiles por razones economi-

⁶ El Gosplán era el comité para la planificación económica en la Unión Soviética. La palabra Gosplán es una abreviatura de Comité Estatal de Planificación. Una de sus principales tareas era la elaboración de los planes quinquenales.

⁷ Filósofo e intelectual español. Catedrático de filosofía política y social, investigador Ikerbasque en la Universidad del País Vasco y director del Instituto de Gobernanza Democrática. Su último libro es *Pandemocracia*. Una filosofía de la crisis del coronavirus, *Galaxia Gutenberg, Barcelona* 2020.

cas, sociales, históricas y culturales. Ningún país puede permitir eso, porque la fragilidad puede conducir a respuestas violentas que además dividen mucho a las sociedades. Se pueden vivir crisis económicas muy potentes después, que dan aún más pie para respuestas populistas y eso es un ciclo terrible, infernal. Veo que la crisis de la izquierda en América Latina tiene rasgos similares a los de Europa, pero claro, sus rasgos particulares me preocupan aún más.

Covarrubias: Y en ese sentido la intolerancia, que forma parte también de la izquierda y la derecha, ¿cómo crees tú de que en el fondo el negacionismo y lo políticamente correcto van generando un acotamiento de los debates, de las ideas? Esto ha pasado mucho en Latinoamérica, y también en Europa, donde hay cosas que simplemente ya no se pueden discutir porque forman parte de lo incorrecto, y no necesariamente es así.

Valls: Sí, yo me sorprendí mucho cuando llegué a Barcelona hace tres años: me trataban de fascista. Fascista es una palabra con un sentido político-histórico muy particular. He luchado toda mi vida contra la extrema derecha y sé qué es el fascismo en Europa, pues ahí nació. Pero eres fascista si no estás en los códigos de parte de la izquierda, si no estás de acuerdo con el nuevo feminismo, que creo que es la negación de la igualdad. Pero ese es otro debate. Eres fascista si haces una alianza con la centroizquierda o la derecha para ampliar tus mayorías, si no estás a favor de la independencia de Cataluña. Por ejemplo, para la izquierda de Podemos en

España, sus temas son esos: el nuevo feminismo, la busca de enemigos, tapar el hecho de que es complicado gobernar hoy. Cuando sube el precio de la luz acusan a la derecha, pero cuando tú mismo estás gobernando, eso ya no tiene mucho sentido.

Creo que sí, la intolerancia es muchas veces la incapacidad de proponer un proyecto. Tenemos que ir con mucho cuidado porque, lo decía antes, después de unos años de tranquilidad o de respeto, vuelve el racismo, el antisemitismo de izquierda o derecha, la búsqueda de enemigos. Y en eso las redes sociales y twitter tienen un papel fundamental, porque te machacan todo el día y la gente habla como piensa, y no firma, que lo vuelve aún más fácil. Hay que tener cuidado, porque por supuesto que eso puede provocar violencia.

“CREO QUE LA NUEVA FORMA DE HACER POLÍTICA DEBE SER CAPAZ DE CONCILIAR EL TIEMPO CORTO CON EL LARGO. ES MUY COMPLICADO, PERO CREO QUE ES LA SOLUCIÓN FRENTE A LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA”.

Por ejemplo, en Francia, ha subido otra vez la violencia física y eso es un fenómeno que tiene que ver en parte con el alza de la intolerancia. Ya no aceptas lo que dice el otro, ya no aceptas el debate. Carolina tiene razón: tenemos que reformar las maneras de hacer política porque mucha gente no se siente representada. Y al mismo tiempo, tenemos que ser firmes sobre los grandes principios universales que hacen que la democracia, la que nació con la revolución francesa, sea siempre un proyecto. En eso yo creo hasta el último día de mi vida: luchar por esa democracia porque sin ella nada es posible. Con la democracia empezamos, es imprescindible. [C]